

la Justicia: Las instancias, y sollicitaciones de sus amigos, las lagrimas de sus Parientes, los consejos de los prudentes del siglo, y aun de los buenos, las consideraciones de la paz, el temor de suscitar turbaciones, que sería difícil apaciguar, le inclinan algunas veces á ablandarse, pero luego condena su flaqueza, y cobardía; y sin tener respeto á lo que la carne, y la sangre le sugieren, sigue lo que le inspira el espíritu de Dios.

Arrojase á los pies de su Principe, y le hace presentes con mucho respeto sus obligaciones de Religion. Los Reyes (le dice unas veces) son los hijos de la Iglesia, y tienen un derecho de proteccion para con ella, no un derecho de Dominio, y Señorío sobre ella. No permita Dios, que ellos toquen á los privilegios, y á la independendia de los Altares; que se atribuyan sobre los Mysterios de Jesu-Christo, y sobre los derechos espirituales de su Esposa, una autoridad sacrilega, que cometan algun atentado sobre las Leyes del Reyno del Hijo de Dios, y que preocupados de su propria Grandeza, se olviden, y desconozcan á aquel que los ha hecho grandes. El Espíritu Santo les advirtió, que *havian de caminar al resplandor de esta Aurora*; (a) que su Imperio floreceria por todas aquellas partes, que el Sol registra en su Oriente, ó en su Ocaso; y que los sucesores de los que los persiguieron, se humillarían bajo sus leyes, bien lejos de imponerles nuevas servidumbres, de anular su autoridad con la suya, y de hacer servir á su propria gloria los despojos del Santuario.

Sus bienes sagrados (añadia) no pueden destinarse á usos inútiles, y profanos. Los que los han dado, ó para consumir su virtud, ó para redimir sus pecados, han

es-

(a) *Ambulabunt Reges in splendore ortus tui.*  
Isai. 60. v. 3.

esperado ganar el Cielo por la eficacia de nuestras oraciones, ó por el merito de sus limosnas. Los que los poseen, no deben considerarlos como motivos, y materia de su fausto, y de su orgullo, sino como medios de socorros, y de caridad para con los pobres. Son ellos el Patrimonio de Jesu-Christo, no el thesoro de los Reyes de la tierra. Hay no se qué de espiritual, y de sagrado en estas riquezas Eclesiasticas, que las distingue de las del siglo, y así como tienen su origen en la Justicia, y en la caridad, deben tener á la Justicia, y á la caridad por fin, y por regla, en la distribucion que se debe hacer de ellas.

Persuadido de estas santas maximas, y tocado del deseo de la salvacion del Rey, le ofrece sus servicios, sus propios bienes, y su vida. Acompaña una justa, y prudente libertad, con todas las suavidades, y lenitivos, que inspiran el respeto, y la modestia. ¿Pero qué se puede esperar de un espíritu exasperado, y duro, que todo lo reduce á sus gustos, que se justifica á si mismo de todo el mal que hace; y que no escuchando, ni los consejos de los prudentes, y de los sabios, ni la voz de su conciencia, se permite á si proprio el ser injusto, y no puede sufrir, que se lo contradigan, y reprehendan? Mantienen sus pasiones mil aduladores que le rodean; y para desacreditar á un hombre de bien, y hacer sospechosa su fidelidad, se valen de todo quanto la envidia, la ambicion, ó la avaricia pueden inspirar á las almas criadas en el arte de la mentira, y de los disfraces de la Corte.

No os admireis ya, si Thomás llega á ser el objeto del odio, y de las persecuciones del Principe. ¿Y qué mas os diré yo? Arrojado de su Patria, y lo que es mas, de su misma Iglesia errante, y fugitivo, yá sobre las riberas del Tiber, yá sobre las del Sena, hallando por todas partes lazos tendidos, y emboscadas armadas contra él; teniendo por destierro á la Francia, asilo ordinario de los Prelados errantes; bendiciendo no obstante por todas partes á sus perseguidores, y ofreciendo por ellos á Dios



todos sus trabajos en sacrificio ; se disponia á morir por Jesu-Christo , y por su Iglesia , y á triunfar de sus enemigos con su paciencia , y con su dulzura.

## SEGUNDA PARTE.

**A**SI como el principal motivo del hijo de Dios en el Mysterio de la Redencion , ha sido *mostrar el amor, que tenia á su Iglesia, y su principal fin, darse á sí mismo, y derramar hasta la ultima gota de su sangre, para santificarla* (segun las palabras de San Pablo en su carta á los de Epheso.) (a) Asi fundó la Mision de sus Apostoles sobre la misma caridad ; puesto que no pregunta á San Pedro, si tiene firmeza, constancia, prudencia, sabiduría, ó discrecion ; sino si le tiene amor : *¿ Pedro, me amas ?* le dice. Pues este fue el caracter de Santo Thomás en la serie de su ministerio ; indiferente para sus intereses, y delicado sobre los de la Iglesia, no puede sufrir, que se la ofenda ni un apice en su santidad, é independencia.

Restablecido, pues, en su Silla, por las solicitudes del Papa, y del Rey de Francia, despues de haver experimentado muchos años de persecucion ; parece que se podia decir, que havia de gozar en reposo del fruto de sus pasados trabajos, ó por mejor decir, emplear lo que le restaba de fuerzas, y de vida, en trabajos más utiles, y menos molestos. En efecto reformaba los abusos, que se havian introducido en su Diócesis por todo el tiempo de su ausencia : Reparaba las ruínas de la disciplina, é instruía las almas, que Jesu-Christo havia puesto á su cuidado, con

(a) *Christus dilexit Ecclesiam, & tradidit semetipsum pro ea, ut illam sanctificaret. Ephes. 5. v. 25. & 26.*

su doctrina, con sus limosnas, con su caridad, y con sus exemplos ; quando viendose precisado de improviso, á oponerse á las extravagantes empresas, y á los envenenados movimientos de odio, de ira, y de furor de algunos de sus miembros, y compañeros, buelve á caer en la agitacion, y confusion. Renuevanse las questiones antes apaciguadas : Buscanse pretextos para pedirle ; siembranse algunas discordias, y esparcense algunas semillas de odio, que no podian acabar sino con su muerte.

Acusasele de conjuracion, y renuevanse en el corazon del Rey las llagas, que el tiempo, y el arrepentimiento parecian haver cerrado ; buelven á despertar sus antiguas preocupaciones con nuevas calumnias. No pudiendo, ni queriendo conocer la verdad este Principe ligero, y credulo, creyendo culpado al Arzobispo, y deseando que lo fuese, para poder justificar sobre un delito imaginario la violencia de su conducta, y procedimiento pasado ; se propasaba á quejas, y á reprehensiones llenas de exceso ; y enmedio de los rabiosos impetus de su ciego furor, se quejaba algunas veces, de que no tenia un vasallo bastantemente reconocido, y fiel, que le vengase de un Sacerdote obstinado, y tereco, que turbaba la paz de su vida.

Detente, Principe, detente, y buelve á recoger, si puedes, ese discurso indiscreto. Acuerdate, que *la palabra de un Rey colerico, y enojado, viene á ser como una ley de parricida ; y que una reprehension cruel en su boca, es una sentencia de muerte contra un inocente.* (a) Piensa que tus deseos, por injustos que sean, valen por preceptos en las almas interesadas, y que por satisfacer á las pasiones de un Señor enojado, y furioso, todo adulator es capaz de llegar á ser homicida.

En

(a) *Indignatio Regis nuntij mortis. Prov. 16. v. 14.*



En efecto, no fue menester mas para los Cortesanos aduladores, y venales; conciben en su imaginacion, y meditan en su animo el deseo de derramar la sangre del justo; piensan en las recompensas que esperan, y no en el delito que cometen. Thomás es el Ungido del Señor; pero tambien es el enemigo del Principe: Está inocente, es verdad, pero quiere el Rey que sea culpado. Salen de la Corte, pasan el mar, llegan, entran en la Iglesia, donde el Santo está celebrando el oficio, y adelantandose acia él, con la ira en el corazon, con el fuego en los ojos, con el acero en la mano, sin respeto á los Altares, ni al Santuario de Jesu-Christo, ni á sus Ministros.....

Vosotros, Señores, creo entendeis lo restante, y yo quisiera poderme dispensar de representaros un espectáculo tan lastimoso. Pero por escusar vuestra compasion, y piedad, ofenderia vuestra Religion, y os ocultaria la gloria de un Martyr, disimulando la crueldad de sus verdugos? Acercanse, pues, llevando en su rostro las señales de su barbara resolucion. Tremulo el Clero, yá se espanta, yá se vuelve á juntar confusamente. Los Sacerdotes temen el peligro en que se hallan: Los asesinos mismos tienen horror al delito que van á cometer, y apoderados de un respetuoso asombro, y terror á vista de el Arzobispo que se les presenta, quedan turbados por algun tiempo: Pero en fin, haviendo ahogado el furor todos los sentimientos de respeto, y de humanidad á un mismo tiempo, cada uno le hiere como á porfia, y quiere tener la mayor parte en el delito, esperando tenerla tambien en la recompensa; y el Santo, que espira á fuerza de sus repetidos golpes, se ofrece como una victima pura á Jesu-Christo, que desde los Altares era el admirador de su fidelidad, y de su constancia.

Vosotros, Señores, haveis quedado asombrados; pero recobrad vuestras fuerzas, porque esta no es una muerte, es un martyrio; no es el triunfo de los impíos; es si, el sacrificio de un Santo, á quien ellos oprimen. Su sangre der-

derramada, bien lejos de profanar el Templo de Dios lo santifica; y salpicando hasta el Altar, parece que quiere ir á unirse con la Sangre de Jesu-Christo, para alcanzar la gracia, y el perdon de sus homicidas, y consumar en la union del Sumo Sacerdote las funciones de su Sacerdocio. En efecto, no pide ella venganza: Havia empleado su zelo contra los enemigos de la Iglesia por toda su vida, y reune muriendo su caridad, y su amor por la conversion de los suyos.

Mas no creais que esto fue sin fruto. Olvidad los excesos de la ira, y las violencias del Rey. A la primera noticia de esta muerte, reconoce por su Martyr, al que antes havia tenido por su enemigo. Disipase todo su odio, renuevanse sus afectos, y sus ternuras. Ya no es este aquel Principe lleno de orgullo; es un penitente, que depuesto el ornato, y magnificencia Real, gime, y llora en ceniza, y en cilicio. Unas veces la fuerza de su dolor le ahoga las palabras en la boca; otras veces dá gritos en demonstracion de su dolor, y señal de su arrepentimiento. Encierrase solo, y se cree indigno, no solamente de perdon, sino de consuelo; y trayendo siempre en su imaginacion impresa la palida, y triste imagen de un Arzobispo asesinado: *¡Ay de mí! (decia) ¡Ay de mí! que he venido á ser el perseguidor de la Iglesia, siendo Christiano. Yo soy un perfecto tyrano; yo de mí mismo he hecho yá Martyres.* Pero no se contenta con suspiros, y con palabras: Embia tambien embajadores á el Papa; protesta, que no es el autor de aquel execrable delito, y sacrilegio; reconoce, y confiesa, que hay en él alguna causa indirecta, y se sujeta á todos los rigores de una saludable penitencia. Arroja á los pies de los Legados; restituye todos los bienes, de que havia despojado á la Iglesia; anula todas las costumbres introducidas, y deroga todas sus Ordenanzas, ó constituciones contrarias á las libertades, y á la disciplina Ecclesiastica; mantiene Tropas, para que sirvan en la Guerra Santa; ayuna,



ora, y nada omite de todo quanto puede conducir à manifestar la sinceridad de su dolor, y de su penitencia.

Mas aun no basta esta humillacion voluntaria; es necesario, que expie, y purgue sus pecados por una afliccion mas sensible. Notad, Señores, (aunque de paso) que hay en los pecados de los Reyes, como una duplicada malicia: una de corrupcion, que ofende su propria conciencia, y los hace objetos del odio, y de la Justicia de Dios, aunque ellos sean las imagenes visibles de su soberanía, y de su poder invisible: Otra malicia de comunicacion, que arrastra, y lleva tras de sí à muchos por el peso de la autoridad, por la dependencia de los intereses, y por la fecundidad del exemplo; ó el escandalo, ó el castigo de sus delitos. A este modo tambien Dios, cuya sabiduria, y prudencia proporciona las penas à los pecados, exercere sobre ellos como dos especies, ó suertes de Justicia. La primera es una Justicia de satisfaccion, por la qual quiere que hieran sus corazones; y que en el dolor interior de su alma, castiguen en sí mismos su proprio desorden. La segunda es una Justicia de reparacion, por la qual destruyan todas las resultas, y efectos de sus pecados, y quebrantando altamente su orgullo, se hace dar por ellos mismos, como una especie de omage publico, à vista de los demás hombres. Y asi, aunque David se castigó él mismo su pecado, quiso Dios affligirle aun todavia por la rebelion de su hijo, y por las calamidades publicas de su Reyno, porque havia dado ocasion de blasfemar el Nombre del Señor. (a)

Tal fue el estado, à que se vió reducido Enrique segundo Rey de Inglaterra, por la coligacion de los Principes vecinos, por la revolucion de sus Pueblos, y por la rebelion

(a) *Quoniam blasphemare fecisti inimicos Domini.*  
2. Reg. 12. v. 14.

lion de su proprio hijo. Ved ahora, Señores, quan justos son los juicios de Dios. Havia perseguido al que era su Padre, segun el espiritu, y él se vé perseguido por un hijo suyo, segun la carne. Aquel, que tan ambiciosamente buscaba poder estender sus derechos, y autoridad Real, se vé ahora à pique de perder el Reyno; y este codicioso usurpador de los bienes de la Iglesia, apenas puede salvar una parte de su Corona. Atacado de la parte de acá, y de allà de los mares, despreciado de sus vasallos rebeldes, echado de sus principales Ciudades, errante, y fugitivo en sus mismos estados, buscando un asilo seguro, sobre el sepulcro de un Santo, à quien él tan cruelmente ha perseguido, và à humillarse delante de sus cenizas, y à pedir perdon à un muerto; pasa un dia, y una noche sobre su sepulcro, edificando à toda la Iglesia en aquel mismo lugar, en que tan indignamente le havia ultrajado.

Pero no abandona Dios à este Principe humillado: halla socorros, donde exercere su penitencia: Su Martyr llega à ser su intercesor: Los Reyes sus enemigos quedan, ó vencidos, ó prisioneros: Los Pueblos buelven por sí mismos à la obediencia; y su hijo buelve à entrar en su deber, y obligacion.

Y ved aqui, Señores, à la Iglesia, que triunfa por la paciencia de un Santo, y por la penitencia de su perseguidor. Acaso me direis, que su firmeza, y su constancia fueron bien inflexibles; que hubo tambien algo de dureza en su zelo; que tenia (al parecer) demasiada ambicion de ser Martyr; que hay ciertas atenciones, y una especie de condescendencia tambien en los negocios de la Religion, como en los del Mundo; y que en fin, aunque el principio de su martyrio sea glorioso, la causa no puede dejar de parecer un poco ligera. Pero sabía él muy bien, que un Obispo debe temer mas, consentir en la opresion de la Iglesia de Jesu Christo, que atraerse la persecucion de los hombres. Animaba-



se à sí mismo, por la gloria de aquellos ilustres Christianos de los primeros siglos, que buscaban ellos mismos las ocasiones de derramar su sangre por la piedad, y por la verdad de la Religion.

Porque si el objeto es un poco menos importante, el valor siempre es el mismo; él es Martyr de la disciplina, como los otros lo fueron de la fé; si ha dado su vida bajo la dominación de un Principe Catholico, por conservar los derechos, y los privilegios de la Iglesia; ¿qué no huiera hecho bajo los tyranos, é infieles, por conservar la pureza de su creencia, y de su doctrina? ¿Con qué zelo no se huiera opuesto à los que profanasen los Sagrados Mysterios? ¿Con qué fervor no huiera trastornado, y derribado los Idolos?

Yo no puedo menos de hacer aqui una reflexion sobre nosotros, y sobre nuestra floxedad, y cobardía. Todos los días oímos impiedades, y blasfemias, y nos quedamos tranquilos. Nosotros sufrimos à sangre fria las bellas palabras, que se dicen contra la Religion, quando toda ella se convierte en burlas, y chocarrerías. Nosotros abandonamos la verdad à la indiscrecion de los necios, y de los impíos, à la censura de los espiritus fuertes, al error de los hereges, à la irreligion de los mundanos, y à las ilusiones de los hypocritas. ¿Y qué zelo tendremos nosotros por las libertades, y por el honor de la Iglesia, puesto que tenemos tan poco por sus esenciales articulos, ó creencias? La mayor parte de los Christianos no conocen, ni entienden bajo el nombre de Iglesia, otra cosa, que estos Templos materiales, à los quales van los Pueblos à unir sus votos, ó à este conjunto de ceremonias santas, pero exteriores, que hieren su imaginacion, y sus sentidos; pero no saben, que hay tambien una Iglesia, à la qual ha dado Jesu-Christo su verdad, y la pureza de su disciplina, para la qual reserva su gloria, y su felicidad; ó si la conocen lo bastante, hallan su verdad aspera, y escabrosa à su con-

des-

decerdencia cobarde, y floja, escandalosa su prosperidad, y muchas veces insufribles sus maximas. No obstante, ella es la que nos ha concebido en su seno; la que nos ha criado por sus cuidados; la que nos alimenta con la sangre, y con la sustancia de su Esposo; y la que nos eleva à las gloriosas esperanzas de la eternidad, que yo os deseo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

PREDICADO EN PARIS

en la Iglesia de la Visitacion de la calle  
del Barco año de 1684.

Por su fé, y por su dulzura fue por lo que  
el Señor le hizo Santo. Estas palabras se  
han sacado del libro del Eclesiastico cap.

45. v. 4.

I. Espiritu de Dios, que nos ha tratado  
en sus Escrituras, los caracteres, y los  
textos, aunque en compendio, de  
aquellos nombres de los primeros tiempos,  
por, como en virtud, y poderosos en  
cosas, que han formado la Iglesia de  
los Santos, y que han establecido la  
piedad, y el culto del Señor sobre la tierra, hace en es-  
tos terminos el de Myseres Conditor, y Regulator de  
su Pueblo. Myseres querido de Dios, amante de los  
hombres, cuya memoria permanece en la eternidad  
eterna; Inchoe Dios seminare à los Patriarchas, que

PA-